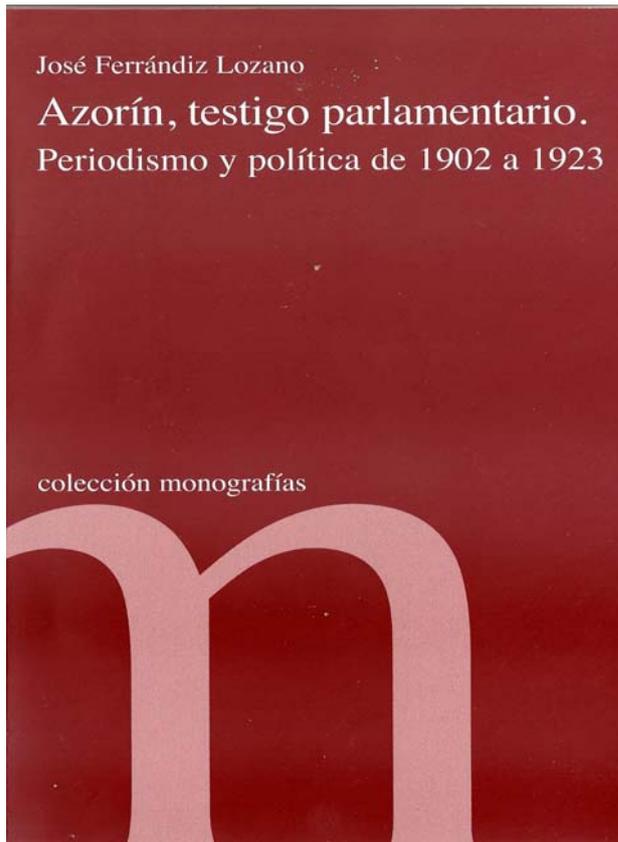




JOSÉ FERRÁNDIZ LOZANO. *Azorín, testigo parlamentario. Periodismo y política de 1902 a 1923.* Colección Monografías, Congreso de los Diputados, Madrid, 2009, 569 páginas.

Por Antonio José López Cruces



Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la UNED, colaborador de los diarios alicantinos *Información*, *La Verdad* y *ABC*, ganador en 2003 del Premio Internacional de Periodismo *Miguel Hernández* y participante asiduo de los Coloquios azorinianos bianuales que se celebran en la Universidad de Pau, José Ferrándiz Lozano es autor de *Data Almirano. Siete siglos y medio de historiografía valenciana sobre el Tratado de Almirante* (1994), *Azorín, la cara del intelectual* (2001), una edición de *La ruta de Don Quijote* de Martínez Ruiz y un buen número de

artículos que figuran en la bibliografía de este volumen. Su tesis doctoral, base del libro que vamos a comentar, mereció ser becada por el Congreso de los Diputados.

Entre 1902 -fecha en que alcanza Alfonso XIII la mayoría de edad y se inicia la “Segunda Restauración”- y septiembre de 1923 -fecha del inicio de la dictadura de Primo de Rivera-, Martínez Ruiz publicó cerca de 900 artículos de contenido parlamentario: series de crónicas de Cortes que tituló “Impresiones parlamentarias”, “Impresiones senatoriales”, “El retablo parlamentario”, “Ante el Parlamento”, “Anales de un diputado”, “Diario de las Cortes”, “Tópicos parlamentarios” y “Parlamentarias”. Además de escritor de fama y periodista, fue diputado conservador en cinco ocasiones: en 1907, por el distrito almeriense de Purchena; en 1914, por el de Puenteáreas



(Pontevedra), y en 1916, 1918 y 1919, por el distrito almeriense de Sorbas. También se le nombró, por dos veces, subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Gracias a su condición de escritor, periodista y diputado, pudo constituirse en testigo privilegiado de la vida del Congreso de los Diputados, aportando, como señala Ferrándiz Lozano, páginas excelentes e imprescindibles sobre “sus momentos históricos, sus personajes, sus figurantes, su vida interna, la trastienda, los instantes triviales en los que nadie reparaba, los distintos espacios del escenario -salón de sesiones, pasillos, cafetín, sala de conferencias- y sobre el funcionamiento mismo del sistema”.

El estudio detenido de las crónicas de Azorín lleva al autor a cuestionar la extendida visión de un escritor ajeno al hecho político y de un diputado que se limita a observar en silencio, imagen que el mismo Martínez Ruiz quiso promocionar, admitiéndose sólo una intención abiertamente política en sus alabanzas a Antonio Maura y a Juan de la Cierva. La miopía de esta visión procedió de que críticos, biógrafos e historiadores consultaron sólo una parte de su obra periodística: la que el escritor incluyó en sus libros, unos 1500 artículos en total, mientras que dejó de incluir unos 4000, de los cuales casi 500 eran crónicas parlamentarias publicadas entre 1904 y 1911. Para valorar la labor del que ha sido considerado el más importante cronista de la vida política española de la primera parte del siglo XX, se hacía imprescindible, por lo tanto, proceder a la lectura de todos los artículos publicados en la prensa por el escritor. Ésta fue la tarea que se fijó Ferrándiz Lozano a fin de reconstruir desde tan rico corpus hemerográfico la “visión periodística, testimonial e ideológica del autor sobre el Parlamento” durante el período estudiado.

Además de proceder a un acercamiento fragmentario y exclusivamente filológico de los artículos parlamentarios de Martínez Ruiz, los estudiosos omitieron estudiar el contexto periodístico y político que les daba sentido. Al usar sólo las 42 crónicas de *Parlamentarismo español* -ampliadas con otras 25 en el tomo tercero de las *Obras completas* de 1947 editadas por Ángel Cruz Rueda, quien, por cierto, advertía allí que el escritor había sido autor de “centenares de crónicas de Cortes”-, la crítica se condenaba a obtener conclusiones equivocadas, lastradas, además, por una orientación ideológicamente partidista. Hubo que esperar hasta finales de los años noventa del siglo pasado para que se comenzase a corregir tan limitados acercamientos: Residencia de



Estudiantes de Madrid, Seminario Internacional “Azorín, intelectual político” (1999); Siena, Jornadas Internacionales “Estudio sobre *El político* de Azorín” (2000)...

En su libro, Ferrándiz Lozano procede a una detenida lectura de los textos parlamentarios del escritor, y sin condicionamientos ideológicos, desde la historia y la política, facilita al lector los datos que éste necesita conocer sobre el Parlamento español que vivió Azorín, sus ideas en torno al género de la crónica parlamentaria, la historia de los periódicos en los que colaboró, y las opiniones de la prensa -madrileña y de provincias- sobre sus actitudes y sus aventuras políticas, todo lo cual ayuda sin duda a “descifrar las alusiones veladas” o “la finalidad encubierta de cada artículo”.

Impresiona en el presente trabajo la riqueza y variedad de las fuentes, los archivos y los documentos estudiados y ordenados. Ferrándiz Lozano ha investigado en fuentes parlamentarias (*Diario de Sesiones*, documentación electoral y de régimen interior de la Cámara) para reconstruir la biografía del Azorín diputado, labor en la que completa los datos aportados por Vicente Ramos en su trabajo “Crónica parlamentaria de José Martínez Ruiz” (*Anales azorinianos*, Alicante, 1993, 211-240). Maneja también las cartas de Azorín a Antonio y Gabriel Maura, La Cierva, Dato o a su hermano Amancio Martínez Ruiz. Con las distintas fuentes hemerográficas, parlamentarias, epistolares y bibliográficas, el autor reconstruye la vinculación de Azorín con el Parlamento de la “segunda Restauración”, ofrece “una biografía política del escritor ligada al poder institucional de las Cortes” y consigue rebatir la visión de la crítica tradicional sobre Azorín como “espectador irónico y literario desinteresado de la política”, mostrándonos, por el contrario, a un autor vivamente implicado en la vida política española.



EL FAMOSO GIRO IDEOLÓGICO DE MARTÍNEZ RUIZ

En el capítulo I (“José Martínez Ruiz: anarquista, federalista y cronista de Cortes en “El Globo”), el autor procede a situar al escritor en el mundo de la política. Tras comentar sus iniciales colaboraciones periodísticas, estudia su cercanía al krausista Eduardo Soler y Pérez -profesor de Derecho Político-, el médico republicano Miguel Mas o el penalista de Salamanca Dorado Montero. Aborda luego la aproximación del alicantino al pensamiento anarquista y libertario, concretado en nombres como los de Hamon, Kropotkin (*La conquista del pan*) o Faure (*El dolor universal*); sus colaboraciones en el periodismo valenciano (*El Mercantil Valenciano*, *Las Bellas Artes* o *El Pueblo* de Blasco Ibáñez) durante la segunda mitad de los noventa; sus primeros folletos y sus colaboraciones, una vez instalado en Madrid en noviembre de 1896, en *El País*, *El Motín* de Nakens, *El Progreso* de Lerroux y el parisino *La Campaña* de Luis Bonafoux.

A continuación expone Ferrándiz Lozano las relaciones de Martínez Ruiz con el médico José Pérez Bernabé -cabeza de los federalistas de Monóvar, población natal del escritor- y con Pi y Margall, en unos momentos en que busca aunar republicanismos, acracia y utopía, tiene por lema “Ni moral, ni propiedad, ni ley” y trata de que los socialistas se acerquen al ex-presidente de la primera República española, al que, salvo alguna crítica esporádica, se mantendrá siempre fiel.

Ferrándiz Lozano evita entrar en el estudio de las actitudes mantenidas por Martínez Ruiz a raíz de la pérdida de las colonias en 1898 o ante las tendencias literarias y artísticas del Fin de Siglo, asuntos ya sobradamente estudiados por la crítica, y pasa a preguntarse por el momento en que se dio la tan comentada metamorfosis en el pensamiento del escritor. ¿Fue quizá cuando adopta en 1904 el pseudónimo *Azorín*, cuando lo subyuga la oratoria de Maura? Al comenzar el siglo XX Martínez Ruiz ya no se manifiesta en clave anarquista; inmerso en preocupaciones de signo estético, está seriamente preocupado por su porvenir, comprometido hasta entonces en una lucha que debía de parecerle ya una lucha imposible. El momento de la crisis se sitúa en la primavera de 1898, cuando decide abandonar sus “liviandades de mocedad” e inicia la redacción de *Diario de un enfermo*. En 1900 llamará “sectario” al anarquista Federico Urales/Juan Montseny, el editor de *La Revista Blanca*, por haber negado éste la



importancia del pensamiento filosófico español de los siglos XVI y XVII. El autor estudia los nuevos referentes ideológicos del escritor: Nietzsche, Schopenhauer o Montaigne, todos presentes en sus novelas *La voluntad* y *Antonio Azorín*.

Se hace preciso retrasar a 1902 la fecha de la primera crónica parlamentaria de Martínez Ruiz, ya que ésta no se publicó el 28 de enero de 1904 en *España*, como se ha venido creyendo, sino catorce meses antes. Y es que Ferrándiz descubrió que el escritor colaboró -de manera anónima o usando los pseudónimos *Pécuchet* y *Un Redactor*- desde fines de 1902 en *El Globo*, periódico comprado por Romanones en 1896 para apoyar la política del viejo Sagasta, al que Martínez Ruiz pudo observar desde la tribuna de los periodistas del Congreso. Tras rastrear las páginas de *El Globo* en busca de textos de sabor “azoriniano”, Ferrándiz Lozano dio con trece comentarios que parecen escritos por Martínez Ruiz a lo largo de quince días (p. 66), en los que elogia al partido liberal y recoge, como luego hará en el diario *España*, el ambiente del Congreso que nunca pasaba al *Diario de Sesiones*. El hecho de que no firme sus trabajos parece indicar su voluntad de no significarse en público como adepto al partido liberal. Combate la oratoria hinchada, presta atención a políticos como Romero Robledo, Lerroux o Rodrigo Soriano, y trata bien, ya en 1902, a Antonio Maura, a pesar de estar escribiendo en un periódico liberal (“Palabras de Maura”, 10.XII.1902).

En el capítulo II (“Azorín y las “Impresiones Parlamentarias” del diario *España*”) se centra Ferrándiz Lozano en el retrato que hace el cronista del Parlamento, en la renovación azoriniana de la crónica parlamentaria, y en su temprano deslumbramiento ante la personalidad y la oratoria de Antonio Maura.

Tras trazar una exhaustiva descripción de la institución del Parlamento y su funcionamiento -el reglamento, la Mesa, la labor del presidente, los periodos de sesiones, las reglas de los debates, las votaciones- y describir el edificio del Congreso y sus espacios, el autor nos sitúa en enero de 1904, cuando el ya famoso novelista, tras haber abandonado la revista *Alma española*, comienza a usar en el diario *España* de Manuel Troyano el pseudónimo *Azorín*, que tendrá más larga vida que los anteriores: *Juan de Lis*, *Fray José*, *Cándido*, *Ahrimán*, *A.*, *Don Abondio*. En *España* publicará durante trece meses 207 artículos, siendo 81 de éstos crónicas, tituladas unas pocas “Impresiones senatoriales” y las demás “Impresiones parlamentarias”. Lamentando la



distancia que existe entre el país real y el país oficial, dirá Azorín a los diputados: “Vosotros no conocéis más que el mundo mezquino que se encierra en los aledaños del Parlamento”.

Entre los cronistas del Parlamento español -Roberto Robert, Benito Pérez Galdós, Wenceslao Fernández Flórez o Josep Pla-, Azorín ocupa un lugar primordial. Busca los hechos y las palabras “con valor humorístico o psicológico”, y lo que escucha en los pasillos lo cuenta, indiscreto, a sus lectores. Con la deliciosa prosa humorística de estas crónicas, el *espectador* Azorín actúa como una cámara de televisión, aunque con retazos del sonoro, para dar el ambiente del Parlamento que será complemento ideal de lo recogido en el *Diario de Sesiones* y en las informaciones del periódico sobre las sesiones parlamentarias: “¿Qué importa lo que el orador dice? Para un psicólogo y para un artista lo importante es el gesto”. Ante las largas y fatigosas sesiones sobre los suplicatorios a Soriano, Lerroux y Blasco Ibáñez, bromea el periodista: “Mi cerebro está hueco: ya soy un perfecto parlamentario. (...) No se me ocurre nada: ya puedo pronunciar un discurso”. El protagonista más brillante de estas crónicas es Antonio Maura, quien como ministro de Gobernación de Silvela ha dirigido, de la manera más limpia posible, las elecciones de marzo de 1903, que arrojaron una mayoría conservadora. Azorín, que aún no ha tratado en persona a Antonio Maura, se acerca primero a su hijo Gabriel. Como señala Ferrándiz Lozano, ya se muestra dispuesto a un juego de favores y mercedes dentro de unos intercambios políticos regulares.

ACERCAMIENTO A LOS MAURA. AZORÍN EN EL IMPARCIAL Y EN ABC

En el capítulo III (“En el *ABC*: el turno de los liberales”), el autor estudia las colaboraciones de Azorín en *El Imparcial* y su posterior incorporación en 1905 al diario *ABC* del sevillano Luca de Tena, editor de la revista *Blanco y Negro*; sus ataques al partido liberal; su oposición a la Ley de Jurisdicciones, y su viaje a Barcelona para entrevistar a los principales políticos catalanes.

En *El Imparcial* Azorín logra entrar gracias al apoyo del joven Ortega y Gasset, hijo del periodista Ortega y Munilla. En las páginas del periódico aparecen excelentes series que pasarán a libro: *La ruta de don Quijote*, escrita con motivo de la celebración



del tercer centenario de la primera parte del *Quijote*, y *La Andalucía trágica*, una dura denuncia del lamentable estado del campo andaluz. Cree Ferrándiz Lozano que esta serie fue el detonante principal de su salida del periódico, por haberse atrevido a tocar cuestiones como el hambre o el “sagrado” derecho a la propiedad en el momento en que *El Imparcial* prefería irse apartando del tema. En total, fueron 56 días los que duró Azorín en el periódico.

A continuación ingresa en el diario *ABC*. Firma sus primeras crónicas sobre el viaje por París y Londres del joven Alfonso XIII, que acabará con su compromiso matrimonial con Victoria Eugenia de Battenberg. Continúa sus *Impresiones parlamentarias*, en las que ataca con dureza a los liberales, cuyo liderazgo se disputan Moret, Canalejas y Montero Ríos. No le gusta nada la política de Moret de libertad de cultos, secularización de cementerios y enseñanza laica.

Tras el asalto por trescientos oficiales del ejército al *Cu-Cut!* y a *La Veu de Catalunya*, publicaciones de la Lliga Regionalista, Azorín vive intensamente las discusiones en el Parlamento en torno a la Ley de Jurisdicciones para los delitos “contra la Patria y el Ejército”, que será aprobada el 20 de marzo de 1906. Junto al republicano Emilio Junoy, invita a Unamuno a dar una conferencia en Madrid, tras publicar el rector de la Universidad de Salamanca dos valientes artículos titulados “La crisis actual del patriotismo español” y “La patria y el ejército”. Defendiendo la libertad de expresión, Azorín bromea sobre la necesidad de defender de todo posible ataque símbolos nacionales como “el cocido, la capa, los toros o la navaja” (*Enmienda importantísima*, 22.II.1906).

Cercano ya a los Maura, visita Barcelona para entrevistar a los prohombres de la política catalana. Aunque el pretexto del viaje es conocer la opinión de éstos sobre la Ley de Jurisdicciones, destaca Ferrándiz Lozano que en realidad el fin perseguido es la redacción de un informe sobre la Lliga -sus armas electorales, sus periódicos, su ideario y sus bases- destinado a Gabriel Maura, con vistas a un posible acercamiento del partido conservador a dicha formación en las próximas elecciones. Entre los nueve entrevistados destacan Alberto Rusiñol, presidente de la Lliga, y Prat de la Riba, director de *La Veu de Catalunya* y autor de *La nacionalitat catalana*, “evangelio del catalanismo”, que solicita una nueva organización del Estado y una España concebida



como pluralidad de nacionalidades. Cuando visita a Antonio Maura en Valldemosa, Azorín le indica la necesidad de crear un periódico conservador. Ya del todo identificado con el ideario de la derecha, parece soñar con dar el salto a la política activa.

AZORÍN, DIPUTADO MAURISTA. SU ENFRENTAMIENTO CON ORTEGA Y GASSET

El capítulo IV ("En ABC. El "Gobierno largo" de Maura y la Semana Trágica") muestra cómo Azorín logra ser diputado en las elecciones del 21 de abril por el distrito almeriense de Purchena, tras haber accedido los conservadores al poder en enero de 1907. Publica entonces en *ABC* sus *Anales de un diputado*, en los que alaba a Maura y a La Cierva y menosprecia a los liberales, a los que denomina "partido de la Bagatela". En marzo de 1908, reanuda sus *Impresiones Parlamentarias* defendiendo las ideas conservadoras y criticando el obstruccionismo de los liberales al proyecto de Ley de Administración local de Maura o su impaciencia ante la larga permanencia de los conservadores en el poder.

Ortega y Gasset torció el gesto cuando al volver de sus estudios en Alemania halló a Martínez Ruiz en las filas del maurismo y "perdido para la literatura". Ferrándiz Lozano aporta en su libro una visión completa del prolongado enfrentamiento dialéctico que tiene lugar entre Ortega y Azorín a lo largo de los años 1908 y 1909, ampliando la lista de artículos mencionados por Francisco J. Martín en "La meditación de Azorín..." (*Revista de Estudios orteguianos*, 10/11, 2005, 9-32).

Desde *El Imparcial* y el dominical *El Faro*, Ortega decidió plantear una abierta confrontación ideológica con la política maurista y defender la necesidad de una reforma en el seno del liberalismo. Polemizarán con él Gabriel Maura, Azorín –en ese momento, el soporte intelectual más prestigioso del maurismo- y Ramiro de Maeztu.

En una crónica de *ABC* del 3 de abril de 1908, Azorín defiende al primo hermano de Antonio Maura, el obispo de Orihuela, Juan Maura y Gelabert, de la acusación que le hizo *El País* de "atacar a la democracia verdadera". Destaca los amplios conocimientos del obispo en ciencia y filosofía -Spencer, Nietzsche, Taine o Schopenhauer- y afirma, entre otras cosas que asombraron a Ortega, que tras la *Crítica*



de la razón pura de Kant nada se había hecho en filosofía. Señala Ferrándiz Lozano: “El duelo iba a comenzar: se enfrentarán dos ideas políticas opuestas, dos diarios competidores, dos autores antagonistas”.

En “Sobre la pequeña filosofía” (*El Imparcial*, 13.IV.1908) rebate Ortega punto por punto el artículo de Azorín. Con un estilo nada cordial, intenta rebajar intelectualmente a su oponente, al que recuerda que Kant escribió tras la *Crítica de la razón pura*, la *Crítica de la razón práctica* y *Fundamento de la metafísica de las costumbres*, que fundaron la moral como ciencia, por lo que en ambos libros podía haber hallado Azorín la fundamentación de la verdadera democracia.

En “La ética en periodismo” (*ABC*, 28.V.1908), Azorín, tras justificar su cambio de ideas políticas, afirma que son los hombres los que lo hacen todo, y no las ideas; los corazones, y no los cerebros. Ortega le contesta en “El cabilismo, teoría conservadora” (*El Imparcial*, 20.V.1908) defendiendo la necesidad de partidos al estilo europeo y no de bandos o cuadrillas –maurismo, moretismo- “en esta tierra de sol, de énfasis y de fatalismo”. Es el momento en que interviene desde Londres Maeztu para, con sus artículos en *Nuevo Mundo*, ponerse al lado de Azorín: son los hombres los que hacen valer las doctrinas.

En “Los conservadores y el dinero” (*Diario de Barcelona*, 4.VIII.1908) Azorín, sin citar a Ortega, habla de un joven escritor que ha vivido una larga temporada en Alemania, escribe en un rotativo y en una revista semanal, lee a los filósofos y lleva una vida retirada y de estudio, es afable y comunicativo, huye del bullicio y la frivolidad, pero que ha tomado sobre sus hombros “una tarea un poco extraña”: intentar que se vea al partido conservador como una agrupación de berberiscos y a los liberales como “hombres cultos, patriotas y europeos”, y que parece preocupado por que se vea que leyó muchos libros y que “conoce las mil especulaciones humanas”. Los conservadores suelen ser gentes de posición acomodada y de fiar, capaces de estar en la oposición con sosiego: “El dinero es una garantía de corrección y de dignidad”. Por ello, estos “hombres de posición segura” distan mucho de hacer una política “berberisca”. En “Ligeros comentarios” (*ABC*, 1.VIII.1908), sugiere que si algún partido hace una política berberisca, éste no es otro que el liberal, y recuerda que las leyes de tipo social las hizo siempre el partido conservador. Él, que conoce de cerca, por sus muchos



viajes, la vida de los pueblos, de los que sacó una importante experiencia, defiende la regeneración por el dinero y no por la cultura. Y en “Nuevo doctrinarismo” (*ABC*, 9.VIII.1908), contradice a los escritores jóvenes empapados de lecturas extranjeras que creen que la regeneración del país ha de venir de la cultura, siendo la inteligencia la panacea. Él opta mejor por la “política del pan” y el bienestar para el pueblo sufriente, porque los labriegos perecen de inanición o de tuberculosis.

Ortega contesta a Azorín en “La cuestión moral” (*El Imparcial*, 27.VIII.1908) señalando que el “mito del pan” sirve a los conservadores para justificar su política “dictatorial e imperialista”. Aunque no conoce los pueblos del país tan bien como “cierto escritor imperialista” –dice aludiendo al autor de *Los pueblos*, libro que cree “será clásico algún día”-, sí sabe que el labriego alemán vive igual de mal que el español, que existe en el país germano una fuerte competencia en el seno de la clase media y que Azorín “tendría que trabajar triplemente en Alemania para vivir como vive y componer sus artículos con mayor discreción y estudio para que no se le rieran las gentes”.

En pleno eco internacional de la *Semana Trágica*, Azorín defiende en su artículo “Colección de farsantes” (*ABC*, 12.9.1909) a Maura y a La Cierva por sus actuaciones políticas durante el “Gobierno largo” y reprocha a Haeckel, Anatole France o Maeterlinck su posición crítica con España. Irritado, Ortega le contesta defendiendo a los tres atacados en “Fuera de discreción” (*El Imparcial*, 13.IX.1909). Unamuno interviene entonces para ponerse del lado de Azorín y criticar a los papanatas fascinados con los europeos que hacen al país víctima de una “sistemática campaña de información”. Ortega contesta al rector en “Unamuno y Europa, fábula” (27.IX.1909).

Estudia a continuación Ferrándiz Lozano las colaboraciones de Azorín en “Diario de Barcelona” y en “El Pueblo Vasco”. Con el primero, órgano de las clases conservadoras en Cataluña, sugiere el autor que pudo haber entrado en contacto gracias a su relación epistolar con Joan Maragall, buen amigo del director de la publicación, Miguel de los Santos Oliver. Allí aparecen las series de crónicas tituladas “El retablo parlamentario”, “Diario de las Cortes” y “Tópicos parlamentarios”, un total de 222 colaboraciones entre 1905 y 1910, reelaboraciones en general de trabajos anteriores aparecidos en *ABC*. En ellos satiriza a los políticos liberales y republicanos y hace apología de la política conservadora: defiende el proyecto de Ley de Administración



Local y de la Ley electoral de 1907 y crítica al parlamentarismo y al mal llamado “sufragio universal” de los liberales. En *El Pueblo Vasco* de San Sebastián, diario conservador, católico y partidario de Antonio Maura, fundado en 1903 por los hermanos Ybarra, publicó Azorín más de 200 artículos entre 1903 y 1936, siendo éstos normalmente reelaboraciones de trabajos anteriores aparecidos en *ABC*, *Diario de Barcelona* y *La Vanguardia*. Su inquina contra “el desequilibrado de Canalejas” enfadará más de una vez a Luca de Tena.

Azorín usa con decisión el periodismo como arma de acción política en la dramática coyuntura de la *Semana Trágica*, cuando se opone al ensalzamiento de la figura del pedagogo catalán Francisco Ferrer, el fundador de la laica Escuela Moderna, fusilado en octubre de 1909 en el castillo de Montjuich, culpable, a juicio del gobierno, de los sucesos de la *Semana Trágica*. Ferrándiz Lozano subraya la fuerte influencia que por entonces ejerce Azorín en *ABC* (se le llama “El Tostado de Luca de Tena”). En enero de 1909 ha logrado que Antonio Maura nombre al director de *ABC*, que ya es senador, senador vitalicio, por ser *ABC* “el único periódico popular benévolo al partido”. En carta a Maura de 3 de enero del 1909 señala que *ABC* seguirá siendo “el órgano de la clase media española” y que en dicho periódico él podrá continuar su “modestísima campaña de verdad y justicia”. Cuando Luca, inmerso en serios problemas económicos, está a punto de vender *ABC* a los Maura, el estallido de la *Semana Trágica* frustra dicha posibilidad, tan deseada por Azorín.

El periodista defiende abiertamente las actuaciones de Maura y La Cierva, atacados con saña desde distintos frentes nacionales e internacionales, y parece ser el organizador de las nueve páginas que en el *ABC* del 17 de octubre abordan la personalidad de Ferrer y presentan una exhaustiva documentación sobre su proceso, buscando demostrar que en el mismo todo fue legal y negando que España sea el país embrutecido que se dice. Atención especial prestará Azorín en sus crónicas a Pablo Iglesias, ya con escaño en el Parlamento, y a otros “oradores radicales” como Lerroux. Cuando en marzo de 1911 se pide la revisión del proceso a Ferrer, se admira de que Iglesias haga de ello “tema de agitación popular” y de que en el Parlamento se discuta sobre un personaje “tan siniestro, tan malvado, tan perverso”, al que considera un



hombre “mediocre, vil, tortuoso, asociado a espantosos crímenes, inspirador de execrables atentados, jefe, finalmente, de una revolución sangrienta”.

En el capítulo V (“Con asiento en los bancos de Sus Señorías”) presenta el autor al Azorín candidato conservador que obtiene escaño por el distrito almeriense de Purchena. El politólogo que es Ferrándiz Lozano aporta sobrada documentación sobre las circunstancias electorales, las reacciones de la prensa y los políticos almerienses ante el candidato cunero. En las entrevistas que concede, Azorín confiesa: “Yo no tengo programa; mi programa es el de D. Antonio Maura. Con él iré donde sea”. No promete nada a sus electores: hará lo que pueda por la prosperidad del país. Diputado desde el 6 de junio de 1907 coloca, agradecido, la siguiente dedicatoria al frente de la segunda edición de *Las confesiones de un pequeño filósofo*: “A D. Antonio Maura, a quien debe el autor de este libro el haberse sentado en el Congreso: deseo de mocedad”.

Estudia luego Ferrándiz Lozano el tratado *El Político* -el título parece derivar de otro de Gracián, *El político D. Fernando el Católico* (1640)-, escrito a inicios de 1908 mientras se repone en Monóvar de sus dolores reumáticos. Supone el autor que este volumen constituye una ampliación del anunciado en 1903 con el título *El león y la vulpeja (Ensayo sobre la filosofía de Baltasar Gracián)*. Azorín sigue a tratadistas políticos como Guevara, Saavedra Fajardo, el Gracián del libro de máximas *Oráculo Manual y Arte de prudencia* y, sobre todo, *El Príncipe* de Maquiavelo. El libro, un homenaje a Antonio Maura, traza el retrato del político ideal y, como haría un moderno *asesor de imagen*, aconseja a los políticos cómo han de comportarse ante las masas, lo que se ve en los títulos de los epígrafes: “Ha de tener paciencia”, “Sepa desentenderse”, “Esté impasible ante el ataque”... Estudia luego Ferrándiz Lozano la recepción crítica del libro, en la que predomina la censura del transfuguismo y la apuesta conservadora de su autor. Maeztu dirá: “Azorín trata de mostrar al Sr. Maura sus facultades de hombre público, y al lector, de paso, las del Presidente del Consejo”. Antonio Maura comentó con humor que el libro le parecía “el espejo de un secretario de Ayuntamiento”.

Ante el prolongado silencio del nuevo diputado, el republicano Rodrigo Soriano exclama: “Que hable Azorín”. Éste asegura: “Ya hablaré”. Soriano ríe: “Ya ha hablado dos palabras”. Y Azorín le replica: “Ya hablaré y mejor que Su Señoría”, lo que provoca las risas de la Cámara. Ferrándiz Lozano demuestra, consultando el *Diario de*



Sesiones de las Cortes, que Azorín no fue un mero espectador y que, aunque sus actuaciones parlamentaria fueron siempre escasas, éstas no dejaron de existir: petición de distinciones para los hispanistas, preocupación por la higiene interior del Congreso, oposición al proyecto de crear un Teatro Nacional, por haber otras necesidades más perentorias...

AZORÍN, IDEÓLOGO DEL CONSERVADURISMO ESPAÑOL

En el Capítulo VI (“Diputado en excedencia. Regreso al escaño y prosa antiparlamentaria”), el autor nos presenta a un Azorín que tras perder su escaño de diputado, se distancia de Antonio Maura y comienza a apoyar decididamente la política de La Cierva; que, ya alejado de la política activa, recibe un homenaje en Aranjuez organizado por Juan Ramón Jiménez y Ortega y Gasset; que contempla la quiebra del partido conservador, dividido entre los *idóneos* de Dato, los mauristas y los ciervistas; que logra en 1914 recobrar su escaño de diputado, pasa a colaborar en *La Vanguardia* de Barcelona y escribe *Un discurso de La Cierva*, en el que hace un canto de la figura del político murciano.

Destaca Ferrándiz Lozano cómo tras perder su acta, Azorín consolida su vinculación personal con La Cierva, en una relación patrón-cliente idéntica a la mantenida anteriormente con Antonio Maura. Soñando con llegar a ser director de periódico, propone a La Cierva comprar la publicación *España Nueva*, rabiosamente anticiervista, que se subasta por entonces: “Si yo fuera a la dirección, mi persona sería para D. Antonio Maura y para usted una garantía de lealtad y de afecto y adhesión personales”.

En sus nuevas crónicas, “Parlamentarias”, que ven la luz en 1910 y 1911, muestra su intención de unir tradicionalismo y conservadurismo, critica el parlamentarismo y la democracia, el sufragio “universal” de los liberales y se refiere con desdén a las clases pobres. Ferrándiz Lozano habla del “elitismo y darwinismo” de este Azorín que niega que el poder deba ser concedido a la mayoría.



En cinco artículos que publica en *ABC* entre el 14 de septiembre y el 1 de octubre de 1910 sobre las Cortes de Cádiz, de las que se celebra el Centenario, el escritor juzga que las mismas supusieron un error, pues cambiaron el rumbo de la política española, impidiendo que triunfase el más recomendable parlamentarismo consultivo sugerido por Floridablanca. Al defender una libertad abstracta, siguiendo a Rousseau, los doctrinarios de Cádiz rompieron con la tradición española.

Azorín, ya sin su escaño, asegura: “No soy en el partido conservador sino un modestísimo periodista”, y sueña con que los conservadores compren *ABC*. Combate a Canalejas con crudeza y acusa a su gobierno de corrupción administrativa.

Por primera vez aporta Ferrándiz Lozano información sobre el ingreso del escritor en la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País y sugiere la posibilidad de que Azorín planease aspirar con el tiempo a ser elegido senador, ya que dicha institución tenía la prerrogativa de nombrarlos.

Invita el autor a replantearse con seriedad una relectura política de libros “literarios” sólo en apariencia como *Lecturas españolas* (1912), *Castilla* (1912), *Clásicos y modernos* (1913) y *Los valores literarios* (1913), ya que el paisaje y los clásicos españoles se integran en ellos en un plan de construcción de la nación española. Entre 1912 y 1915 Azorín revisa el canon literario español y reafirma su noción de “ensayismo patriótico”, tal como destacó José Carlos Mainer.

Incondicional de La Cierva, Azorín, más que atender a la crisis del partido conservador que siguió a la sustitución de Maura por Dato en octubre de 1913, se dedica a resucitar a sus clásicos y a perseguir su ingreso en la Real Academia Española, intento que acabará en fracaso por falta de los apoyos necesarios. En desagravio, Juan Ramón Jiménez y Ortega –quien celebró la resurrección como escritor de Azorín al publicar éste sus *Lecturas españolas*, tras “años de mala vida” de torpe postura conservadora- le organizan el homenaje de Aranjuez, en el curso del cual el filósofo afirmará que el alicantino no es ni un político influyente ni una gloria nacional, pero sí un “artista exquisito” creador de ciertas “páginas egregias”. Por su parte, Antonio Machado recitará estos versos: “¡Admirable Azorín!, el reaccionario / por asco de la greña jacobina”.

Ortega y Azorín debaten por entonces, con cierta cortesía y hasta con afecto, en torno a la llamada “generación del 98”. Más adelante, Ortega dedica al alicantino los



cuatro artículos titulados “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar” (*Los Lunes de El Imparcial*, aparecidos entre el 24 de febrero y el 21 de abril de 1913), y Azorín le dedicará su libro *Los valores literarios*.

En las elecciones de 8 de agosto de 1914, Martínez Ruiz logra, tras frustrarse la posibilidad de ser elegido por el distrito de Villena, el acta de diputado por Puenteáreas (Pontevedra). Agradecido a La Cierva, de cuyos discursos se hace eco a menudo en sus artículos, confiesa a la prensa: “Todo el mundo sabe que soy incondicional de La Cierva; que es mi gran amigo político y mi jefe” (*La Esfera*, 25.IV. 1914). Jura el cargo el 28 de abril. Su actividad en el Parlamento no será excesiva, como de costumbre.

Ferrándiz Lozano señala que mientras el Ortega de *Vieja y nueva política*- conferencia del 23 de marzo de 1914- busca convertirse en “referente ideológico de un liberalismo renovado y en líder de una generación de intelectuales”, Azorín con *Un discurso de La Cierva* busca convertirse en “el ideólogo de un nuevo conservadurismo español”; persiguiendo “el alma de España” sintetiza en el libro las ideas de sus referentes ideológicos del momento: Cánovas del Castillo y los pensadores franceses del conservadurismo tradicionalista y patriótico Maurice Barrès y Charles Maurras. El autor señala cómo Ortega y Azorín trataron de ofrecer con ambas obras los “manuales de cabecera del liberalismo y el conservadurismo”.

Por entonces, Azorín deja el *Diario de Barcelona* y se pasa a *La Vanguardia*, que fundaron los hermanos Godó en 1881. En el periódico hace, entre 1914 y 1918, propaganda en Cataluña de la política de La Cierva. Allí se publican en 1914 los doce artículos que darán lugar a *Un discurso de La Cierva*, sobre el pronunciado por el político murciano en el Congreso el 10 de junio, en torno a la deseable unidad de los conservadores, que Azorín incluye íntegro en su libro, el cual escribe con enorme entusiasmo durante su veraneo en San Sebastián probablemente gracias a la generosa financiación de La Cierva. Piensa el escritor que su jefe es el único con autoridad en el partido, valora su experiencia en el gobierno y su oratoria y le confiesa que desea verlo pronto convertido en el líder de la unión conservadora, para lo cual le aconseja abandonar su aislamiento y contactar con los amigos y las multitudes.

De Charles Maurras -ejemplo de intelectual que desde un periódico, *L'Action Française*, actúa en política- valora su propuesta de un orden social autoritario, su



nacionalismo monárquico y católico, su antiparlamentarismo, sus ideas antidemocráticas y su elitismo aristocrático. Cree Azorín que el parlamentarismo español sólo ha creado en los últimos decenios “la incoherencia, la ineficacia en el esfuerzo, la contradicción, la confusión”, y la Gran Guerra es la demostración palpable de la crisis de los estados liberales. De Cánovas del Castillo toma el principio de continuidad: propiedad, familia, patria y monarquía hereditaria. De Maurice Barrès, el principio de “la tierra y los muertos” (Unamuno opondrá al lema del francés el suyo, “la humanidad y los vivos”, en *La Nación*, 4.I.1915). En vano intentó el escritor que Maurras colaborase en *ABC*. En estos momentos, Azorín se muestra crítico con el sufragio universal, el parlamentarismo y el juicio por jurado defendidos por el pensamiento liberal.

DE NUEVO DIPUTADO. “PARLAMENTARISMO ESPAÑOL”

En el capítulo VIII (“La tercera trinchera y el libro “Parlamentarismo español”), aborda Ferrándiz Lozano las colaboraciones del alicantino en *La Prensa* de Buenos Aires, su elección parcial como diputado por el distrito almeriense de Sorbas, y la intencionada selección que de su labor como cronista hace Azorín en su libro *Parlamentarismo español*, selección que ha venido engañando a los críticos hasta hoy mismo.

Desde el 30 de marzo de 1916 el autor de *La voluntad* colabora en *La Prensa* bonaerense -lo hará hasta 1951- con un total de casi 1000 artículos. Allí aparecieron los textos que dieron lugar a *El chirrión de los políticos*. Al ver incumplidas las promesas de un acta que le hizo Romanones, pinta su desengaño a través de las andanzas y desdichas de un candidato a diputado en su artículo “Andanzas y lecturas. Las elecciones. Aventuras de un candidato ministerial” (*La Prensa*, 18.V.1916). Tras fracasar en la primera trinchera, el aspirante a diputado se repliega a la segunda: el acta de senador; si ésta falla, siempre le quedará la oportunidad de la tercera: la elección parcial de diputado. Entre 1916 y 1920 Azorín se sienta de nuevo en las Cortes gracias a esta tercera posibilidad.

Tras no ser aceptado en el distrito de Villena, lo será por el distrito almeriense de Sorbas, lugar que le permitirá en adelante acabar con su trashumancia. Azorín irá al Parlamento como perfecto oyente impasible, como “infiltrado periodístico”, pensando



más en sus lectores que en las necesidades de su distrito. Se halla, una vez más, en deuda con La Cierva: “Yo no he tenido que hacer nada. El acta se la debo a él”.

Con el gobierno de concentración de García Prieto durante el conflictivo 1917, La Cierva es nombrado ministro de la Guerra. Por entonces, Azorín aconseja a Luca de Tena que elija como cronista de *ABC* al gallego Wenceslao Fernández Flórez, se interesa por el grupo de diputados catalanes y su potencial renovador del Parlamento y piensa que la labor de las minorías es fiscalizar la Cámara, sus “encrucijadas, artimañas y falacias”, que la oposición es necesaria para frenar proyectos que puedan costar al país “lágrimas y dolores” y que las Cortes son las depositarias de la soberanía nacional. Desde San Sebastián, ciudad llena de políticos durante el verano, escribe a La Cierva contándole que ha oído rumores sobre su posible ascensión como ministro en el próximo gabinete conservador o como jefe de Gobierno. Distintos gobiernos se sucederán durante 1917 y 1918 y finalmente se romperá el turno de los partidos de la Restauración.

Azorín selecciona para su libro *Parlamentarismo español*, que ve la luz en 1916, crónicas suyas sobre las Cortes conservadoras de 1904 y las liberales de 1905, y da un salto para seleccionar algunas sobre las Cortes liberales de 1916 (a veces altera su título original, como señala Ferrándiz Lozano en pp. 416-420). La crónicas de 1904 y 1905 que selecciona habían visto la luz en *España y en ABC*; las de 1916, en *La Prensa* y en *La Vanguardia*. El autor explica con claridad la razón del extraño salto dado por Azorín desde 1905 -omitirá seleccionar crónicas posteriores a ese año- hasta 1916: trató de silenciar la mayor politización de sus crónicas tras su acercamiento a los Maura. El libro tiene un claro fin político: elogiar a Maura y La Cierva, dejando de lado a Dato y buscando no hacer daño excesivo a los liberales de Romanones. Se trata de una apuesta por el ciervismo como tercera vía conservadora, ajena a los enfrentamientos entre mauristas y datistas. Explica Azorín a La Cierva: “yo doy preeminencia sobre Maura y Dato a usted“. El libro parte del discurso de La Cierva en el teatro *Romea* de Murcia de 7 de mayo de 1916. Azorín siente nostalgia por un partido conservador unido, como su jefe, y desea ver a éste al frente del mismo.

La selección de crónicas llevadas a cabo por el escritor ha venido confundiendo a los críticos hasta muy recientemente. Ferrándiz Lozano señala la causa de dicha



confusión: la crítica sacó sus conclusiones en torno al Azorín cronista político basándose exclusivamente en las crónicas de *Parlamentarismo español*, ignorando, además, el contexto político en que nacieron y la finalidad política de la selección del autor, quien sólo recogió el 7% de sus crónicas en este libro, lo que el autor muestra sirviéndose de gráficos (pp. 433-434) que muestran de manera elocuente la magnitud del desenfoque de la crítica. En su estudio preliminar a la cuarta edición de las *Obras completas* de Azorín de 1967, Juan Alcina llegará a echar en falta el compromiso político de Azorín, algo que hace sonreír al autor.

El abandono de esta visión miope y alicorta se produce cuando Inman Fox aporta en 1992, en la editorial Castalia, su utilísimo volumen *Azorín: guía de la obra completa*, donde da la lista de la rica colección de artículos que el escritor nunca seleccionó en sus libros: unos 5500, entre los que había centenares de crónicas del periodo 1904 a 1911.

En 1998, Aguirre Bellver, en su libro *Azorín, cronista de Cortes*, aún se ciñe básicamente al volumen *Parlamentarismo español* y, sin tener en cuenta la guía de Fox, afirma que en este libro “dejó de recogerse alguna que otra crónica”, ¡cuando las omitidas fueron más de 400! Cree además Bellver que Azorín abandonó el género de la crónica en 1906 y que *volvió* a hacerlas en 1916, cuando en realidad las siguió escribiendo hasta 1911 y, por tanto, no hubo tal *regreso* del autor al género.

Por su parte, Fernando Castro Berenguer, en su tesis doctoral, presentada en la Complutense, estudió al Azorín periodista especializado en información del Parlamento a través de 340 artículos de *Impresiones parlamentarias* y de *Parlamentarias*, llegando, entre otras conclusiones, a defender la objetividad de Azorín, que Ferrándiz pone en duda con razón. En resumen: la selección hecha por Azorín “contribuyó a la distorsión de lo que fue su producción parlamentaria completa”.

LA QUIEBRA DEL SISTEMA DE LA RESTAURACIÓN

En el capítulo VIII (“Azorín en el despacho: subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes”) se nos muestra a un Azorín que actúa por primera vez desde un despacho del poder ejecutivo, renueva su acta de diputado, esta vez recurrida y sometida



a detenido escrutinio, lleva a cabo una campaña a favor de la Francia en guerra, y protagoniza un sonado incidente en la Estación de Irún al volver de Francia el 3 de agosto de 1919.

En 1917 La Cierva es nombrado ministro de la Guerra en el gobierno de concentración de García Prieto y Azorín es elegido de nuevo diputado y el 13 de enero es nombrado subsecretario en el ministerio de Instrucción Pública, teniendo como ministro a F. Rodés Baldrich. Agradece a “la bondad del señor La Cierva” un cargo en el que se siente útil al país y en el que, como señala Ferrándiz Lozano, enderezó algunas cuestiones éticamente cuestionables: “Las paredes del Ministerio de Instrucción Pública deben ser de cristal” (“De instrucción pública”, *ABC*, 20.II.1918).

En 1918 Maura preside un Gobierno Nacional de notables (Dato, Alba, García Prieto...). Las elecciones de este año dan como resultado un Congreso muy fraccionado, obteniendo La Cierva 23 actas. Azorín sale diputado por el distrito de Sorbas (Almería), pero esta vez ha de asistir, contrariado, a la discusión de su acta, que ha sido recurrida. El Tribunal Supremo dará finalmente la elección como válida. Es escasa la actividad del diputado Azorín durante los años 1918 y 1919, pues al periodista, aliadófilo, le preocupa más por entonces hacer campaña a favor de Francia.

Cuando el 19 de marzo de 1918 Maura forma un gobierno “nacional”, La Cierva queda fuera del mismo y Azorín pierde su puesto de subsecretario. El ver fuera del poder a su jefe sume en la confusión a Azorín, que pasa a defender ahora ideas contrarias a las mantenidas hasta entonces: parece justificar el obstruccionismo en las Cortes, defiende el peso del doctrinarismo -el mismo que años atrás criticó en Ortega y Gasset-, ataca la política realista de Cambó y defiende un centralismo de corte napoleónico. Señala Ferrándiz Lozano: un desconcertante Azorín “vuelto del revés”.

Corresponsal del germanófilo *ABC*, se halla presente en París en mayo de 1918 y vive las experiencias que recogerá en su libro de 1919 *París bombardeado*. Los redactores de *L'Action Française*, con Maurras al frente, le ofrecen un banquete; asiste a una sesión de las Cortes francesas y tiene ocasión de contemplar de cerca el poderío de las fuerzas norteamericanas. En sus artículos avisa a España de la cercana victoria de los aliados y le recomienda que abandone su neutralidad.



Desde el 15 de abril de 1919 Maura preside un nuevo gobierno nacional. En las elecciones de ese año -que Maura organiza y pierde- La Cierva aumenta su número de escaños hasta 31. Azorín sale diputado, de nuevo por la población almeriense de Sorbas y es nombrado por segunda vez subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, ahora a las órdenes del ministro Goicoechea.

Tras ocuparse de la labor del Azorín diputado, Ferrándiz Lozano pasa a centrarse en un desagradable incidente en el que el diputado se vio inmerso a su vuelta de Francia en la Aduana de la estación de Irún, en el que el diputado fue abuchado por los presentes por su negativa a mostrar su documentación a los empleados de la Aduana. Martínez Ruiz denunció en la prensa y ante las Cortes el “atropello” sufrido, aunque su versión se vio desmentida por diversos testigos. El autor, que accedió al “Expediente gubernativo instruido con motivo del incidente ocurrido en Irún, tranvía eléctrico de la Frontera. Motivo. Detención del Diputado a Cortes D. José Martínez Ruiz”, ofrece la rica información conservada en torno a este caso -informes, declaraciones y diligencias- en el Apéndice 2 de su libro.

Tras las elecciones de 1920, Azorín, sin escaño en las Cortes, espera ver pronto a La Cierva en la Presidencia de un Gobierno y en la jefatura del partido conservador, lo que permitiría su nombramiento como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Mientras, continúa aconsejando a La Cierva, sugiriéndole estrategias para reorganizar las fuerzas conservadoras, atajando otros posibles intentos de reorganización, y más una vez muerto Dato en abril de 1921.

Un Azorín cansado de asuntos electorales se ríe de las triquiñuelas usuales en las elecciones -esta vez organizadas por el demócrata García Prieto, quien preside un ejecutivo de concentración liberal, que será el último de la Restauración- en varios artículos aparecidos en *La Prensa* de Buenos Aires, que pasarán al volumen *El chirrión de los políticos. Fantasía moral*. Esta obra “a lo Quevedo” está en la imprenta cuatro días después del golpe de Primo de Rivera; no se trata, por tanto, de un texto oportunista relacionado con el pronunciamiento militar. Ferrándiz Lozano estudia luego las críticas al libro, compendio de la viciosa práctica electoral de la época.



CONCLUSIÓN

Lejos de ser un “contemplativo” en política, Azorín defendía que la acción política más eficaz y práctica no consistía en el ejercicio de cargos, sino en influir desde la prensa sobre la opinión pública. A través de sus campañas, con más o menos humor, con más o menos astucia, siempre defendió a los políticos conservadores y atacó a los liberales, involucrándose en un activismo partidista mucho mayor de lo aceptado. Se señalaba que dio público incienso a relevantes conservadores, pero se omitía que detrás del propagandista había “un consejero, animador y colaborador privado en ciertas estrategias, medidor de la conveniencia y oportunidad de cada mensaje lanzado desde la prensa. No sólo fue publicista, fue un instigador que buscaba influencia”.

El estudio de sus cartas, sus libros y sus artículos arroja luz sobre sus hostilidades y sus indulgencias y desvela una personalidad bien compleja y a menudo desconcertante y contradictoria, capaz de atacar en público lo que aceptaba en privado. Martínez Ruiz, que desde 1910 -y tras dejar en segundo término a Antonio Maura- había apostado a contracorriente por un La Cierva líder del partido conservador y presidente del Consejo de Ministros, vio frustradas sus expectativas, con lo se volatilizó la posibilidad de su permanencia en política y su sueño de ser ministro de Instrucción Pública. También fracasó Azorín, a juicio del autor, en su ambición de convertirse en el ideólogo del conservadurismo español.

La vasta cultura del alicantino sobre literatura, pensamiento e historia literaria y su afinada observación dieron resultados de gran valor literario y testimonial. Artículos que hoy se leerían como ajenos a la política, trataban en realidad de temas discutidos en el Congreso o el Senado, sobre todo en la Cámara Baja. Ferrándiz Lozano aúna con éxito en su libro el estudio de la función de periodista en las Cortes y la de diputado de Martínez Ruiz. Habiendo sido el primero en catalogar y usar todo el periodismo parlamentario entre 1902 y 1923 de Azorín, el autor nos recuerda que el rico material hemerográfico estudiado no puede agotar su caudal de sugerencias en este volumen, por lo que deberá profundizarse en el mismo en futuros trabajos.

El escritor vivió en primera fila los más serios debates parlamentarios en los más críticos momentos del régimen de la Restauración; vio quebrarse en la segunda década



del siglo a los partidos liberal y conservador, ramificados en diversos liderazgos, y fue testigo de la emergencia de otras fuerzas –regionalistas, catalanistas, reformistas, republicanos- y de la quiebra del turno dinástico, sustituido con gobiernos de concentración. Conoció a muchos políticos importantes y sintió con pasión la vida cotidiana de unas Cortes contempladas unas veces como el escenario de una comedia y otras como el pilar del régimen. Aunque se definió como espectador del Congreso, “en realidad fue uno de sus actores”.

El volumen ofrece información sobre las fuentes consultadas (más de una veintena de archivos y bibliotecas y más de una veintena de publicaciones periódicas) además de una extensa Bibliografía, subdividida en secciones (“Libros y ediciones españolas de la época de Azorín (1902-1923)”, “Otros libros utilizados”, “Bibliografía sobre José Martínez Ruiz, Azorín”, “Bibliografía general”).

El libro se cierra con la inclusión de dos Apéndices: “Relación de crónicas de Cortes y artículos de contenido parlamentario de José Martínez Ruiz, Azorín (1902-1923)” (pp. 519-551), páginas de extraordinaria utilidad para quien desee en adelante ocuparse del Azorín cronista; “Detención del diputado Azorín en Irún (1919): Expediente” (pp. 553-569).